

que la fe de nuestros hermanos más sencillos y sufridos pueda guiarnos con sus propias palabras en este tramo más oscuro y aventurado de nuestro camino de reflexión. Aquí donde siempre ha quedado más en evidencia la radical limitación de todo discurso teológico: en el terreno del sufrimiento injusto y la muerte violenta de los oprimidos (p. 123).

La riqueza de todo esto es sutil pero profundamente encarnada en la Vida. Lo único que queda al logos teológico del autor es guardar silencio para que intente hablar el que sufre...

Queremos ahora hacer notar cierto alcance bíblico-dogmático sobre el Dios de Jesús, a propósito de algunas páginas del libro. Pero comenzando con una cuestión evidente de criteriología cristiana latinoamericana: por muy espeso y abstracto que sea el discursar teológico, con alta intensidad mística o con la oscuridad propia de la «teología apofática», el «tema» de Dios termina siempre por guardar vinculaciones estrechas con alguna forma de cristología. Subrayamos este punto gracias al enfoque de ciertos planteamientos de Ronaldo Muñoz, una vez sumergido en especulaciones teológicas, que valoran de un modo especial la densidad del proceso encarnatorio de Dios en la vida del hombre. Aunque explícitamente poco se dice de este tránsito teológico existente en todo lo creado, es algo evidente que esa cuestión, involucrada encarnación, cruz y resurrección, es presupuesto dogmático indispensable en páginas del libro. Sobre todo, por ejemplo, si nos detenemos en el capítulo seis, donde hay determinados criterios sobre Jesús registrados a partir de la información que nos proporciona Muñoz en el capítulo cinco, entroncado de una forma coherente con las posturas cristológicas afirmadas luego. Adquieren así ambos capítulos un sentido particularmente «simétrico», garantizando el cauce de los planteamientos teológicos que ofrece el autor a partir de la Escritura.

La «construcción mental» del «Dios» que describe y analiza el autor reposa en la riqueza popular que encuentra en el ambiente que vive. Sin descuidar el método y las fuentes a las que debe recurrir la reflexión teológica actual, en el libro encontramos en qué consiste el carácter específico de la «llamada» de Dios a los pobres. Así la imagen del «Dios vivo» que es diseñada en el texto entronca con la realidad pastoral-poblacional que vive el autor. Sin embargo gracias a su propio empuje meditativo, una vez independiente de esa sociorreligiosidad pastoral pero nunca perdiéndola de vista, Muñoz logra evocar la trascendencia de Dios hacia latitudes situadas más allá de la finitud de toda coyuntura humana latinoamericana.

Queremos decir con esto, para acabar, que esa humanidad de Dios ofrecida y descubierta en el texto penetra y se expande profundamente en el «corazón» de todo el género humano, que integramos todos. Por algo especial en la lectura, haciéndonos notar Muñoz los «rostros» humanos que miran al verdadero Padre según habla la Conferencia de Puebla, se supera el reducto popular de Santiago de Chile. Pues el «Dios desconocido» que renace del texto —desconocido y oculto para tanta teología interpelada que no quiere saber nada de la «periferia»— parece que se encamina cada

vez más visible hacia todos los hombres. Especialmente cuando sabemos por la esperanza cristiana que para conocerlo del todo hay que beber, intentando evitar renuncias, el agua fresca que produce para todos la fe de los pobres.

## 5

Concluimos con prontitud. Con estos tres títulos han aparecido, de una forma interrelacionada y densa, «imágenes» de Dios en esta literatura teológica chilena.

Si Nicolás de Cusa en algún momento dijo que «el centro de Dios está en todas partes pero su circunferencia en ninguna» con mayor razón podemos ver que el «Dios chileno» expresado aquí se encuentra en distintos puntos de ese círculo, según el pensamiento de Ibáñez Langlois, Bentué o Muñoz.

Respirando cada uno de ellos un determinado clima intelectual, y teniendo además en cuenta la atmósfera ideológico-política impuesta en el país desde 1973 (cosa que como transfondo mental evocan Ibáñez Langlois y Muñoz), los distintos pasos teóricos y de método que dan para contarnos «cosas» de Dios repercuten en el diseño «divino» construido por ellos:

1) En el caso de Ibáñez Langlois vemos que brota de su pensamiento escrito un «Dios» que vigila y castiga las «herejías» enunciadas por la teología de la liberación, evocando el monoteísmo presupuesto en el texto un Yahweh Sabaot (dios de los ejércitos israelita) encargado de sancionar toda práctica y reflexión que amenace Su Esencia. A partir de aquí vemos una figura de Dios inaccesible y fría, indiferente a los problemas intelectuales (también humanos) del hombre, salvo si no es para ver funcionar Su Justicia en favor de Su Verdad y Su Existencia, puestas de relieve por Ibáñez Langlois. En cierto modo es un monoteísmo ocioso que sólo actúa para castigar, impidiendo intervenciones de Su Naturaleza en las cosas humanas de Su Mundo Creado. Pues Su Rostro tiene que ser preservado de toda contaminación emanada de ámbitos seculares. Cuando en el autor hay intentos por «llevar» a Dios al mundo profano para sacralizarlo, gracias a la mística del Opus, ese Dios queda (horrorosamente) al servicio de su ideología, mutilando la esperanza y la liberación de los hombres.

Si Fernando Savater afirma en su notable ensayo titulado *La piedad apasionada* que por «el incremento continuo de la abstracción» el cristianismo terminó apropiándose de «la conciencia» cuya identidad hoy se encuentra satisfecha en los «juegos abstractos de la fe», con la mayor razón del mundo podemos ver que esto se hace nítido y transparente en afirmaciones de Ibáñez Langlois. Especialmente si en la conquista de esa abstracción han contribuido de una manera destacada las especulaciones religiosas de Escrivá de Balaguer.

2) Con Bentué se recupera la coherencia de la racionalidad teológica perdida por Ibáñez Langlois. Si bien el análisis y el enfoque metodológico de Bentué no tienen nada que ver con los del autor anterior, cuando hay menciones a la teología de la

liberación, el «Dios» que emerge de aquí corresponde a los diseños liberadores que plantea la teología de Medellín y Puebla. El raciocinio intelectual empleado por el autor descansa en el esbozo teológico de un Dios Padre que quiere acreditarse como el Señor de la realidad toda, superando con ese raciocinio aquellos intentos reduccionistas (políticos, antropológicos, ideológicos) que lesionan la soberanía de las cosas de Dios. Aunque no hay certeza plena para justificar el valor integral de esas «cosas de Dios» que decimos, sospechamos que todo «lo real» constituye para Bentué el espacio indispensable —el único— para intentar conocer (y ver) a Dios. Pues gracias a este autor se sugiere la presencia del Misterio en la realidad que clama nuestro entendimiento para que Dios sea comprendido (y visto). De aquí entonces las interesantes palabras de Alfredo Fierro que en cierto modo son complementarias con la tarea de Bentué:

Considero la teología fundamentalmente como una exploración. Una exploración de la realidad en la dirección del misterio que llamamos Dios. Por «realidad» hay que entender la terrestre y tangible, el mundo físico y también el mundo humano de la sociedad y la cultura.

Como no sabemos bien —o sencillamente no sabemos— en qué dirección la realidad está arraigada en el misterio, la exploración ha de ser múltiple, hacerse por varios lados (A. Fierro, *La imposible ortodoxia*, Salamanca, 1974, p. 7).

3) El «Dios» en el estudio de Muñoz es un Dios cercano a nosotros por el afecto que despierta una imagen divina incorporada a una humanidad pobre. Sobre todo cuando ya son reconocidos por la epistemología teológica latinoamericana actual el carácter y el sitio que adquieren «los pobres». Vemos que este Dios tiene un carácter compasivo y cálido, es decir, sensible, por el sujeto creado, y la naturaleza teo-céntrica de este «Dios popular» reclama desde Chile la justicia para el mundo oprimido. Por lo tanto es un «modelo» de Dios que no sólo se piensa y se vive en el encierro de nuestro corazón, pues la fe nos permite ver prolongada su actuación soteriológica (salvadora) en el espacio (religioso, eclesial, político o teológico) de aquellos «artesanos de una nueva humanidad».

Una última cuestión para acabar, mencionando reflexiones sobre teología y política. Reflexiones que en teología pueden ser escatológicas porque se refieren a cosas finales en la vida, pero a la vez son embriones de algo nuevo que ahora se inicia en Chile.

No hay que olvidar que el precio de la democracia chilena actual se acredita por muchas cosas: desde concertaciones y alianzas multipartidarias hasta habilidades tácticas y conversaciones estratégicas buscando proyectos ideológicos convergentes. Todo esto vivido gracias a una práctica política determinada ejercitada finalmente con éxito frente a un adversario común. Pero este precio no puede descuidar que también tiene incluido como un valor destacado cuestiones intrahistóricas concretas, provocadas por sujetos hoy inexistentes, pero que en definitiva reposan en el proyecto democrático que ahora se inicia: nos referimos a aquellas víctimas y muertes injustas ocasionadas por el ex régimen a partir del 11 de septiembre de 1973. Aquellos que ya no están: que nunca estarán porque les cegaron la luz de la vida.

Aquí es importante detener la mirada teológica. Sobre todo tratando de observar qué clase de «Dios» es el que se privilegia en la interesante reflexión teológica chilena a partir de ahora. Especialmente viendo si es posible evitar que se siembre cierta ambigüedad sobre el tema, por el riesgo de emplear el tiempo que ahora transcurre en urgencias religiosas distintas (pastorales, episcopales, eclesiales) derivadas del ex régimen militar. Cuestiones, sin duda, productoras de teologías mucho más mundanas y menos abstractas que éstas que decimos, con pretensiones teocéntricas.

Pero los frutos de este asunto histórico-teológico pueden ser decisivos para todos pues tienen que ver con una nueva forma moral de respirar en el país, sometido por tantas cosas al miedo. Me parece además que la propia teología cuyo «lugar teológico» son los «signos de los tiempos», especificados por Benué, solicita en Chile introducirse con rigor en una cuestión así.

Intentando sepultar el recuerdo y la memoria de los muertos que nos piden solidaridad con ellos, que es una especie de «solidaridad hacia atrás» (J.B. Metz), nada se construye con sinceridad y muchas cosas futuras resultarán vanas, pues serán hipócritas. Además el mismo avance del progreso democrático que hoy se disfruta siempre reposará en la culpa y en la densidad del injusto sufrimiento anónimo chileno.

**Mario Boero**

